

Haddonfield Memorial High School
Summer Assignment Cover Sheet

Course: AP Spanish

Teacher(s): Mr. Duffy

Due Date(s): 9/7/10

Grade Weight (%) of Quarter 1: 10%

NJ Core

Curriculum Standards:

FL.9-12.7.1.IM – All students will be able to use a World Language in addition to English to engage in meaningful conversation, to understand and interpret spoken and written language, and to present information, concepts, and ideas, while also gaining an understanding of the perspectives of other cultures. Through language study, they will make connections with other content areas, compare the language and culture studied with their own, and participate in home and global communities.

Description of Assignment:

The students are expected to expose themselves to Spanish using television and Spanish newspapers.

The students are expected to read five short stories on immigration.

The students are expected to write a composition about something important to them.

Purpose of Assignment:

The students enhance their reading, writing and grammatical skills and prepare to orally express their ideas on various themes.

Specific Expectations:

The students should fully complete the assigned work.

Potential Help Sources:

Teacher email

The students may use wordreference.com. This website is a great resource for any vocabulary problems that the students may encounter.

AP ESPAÑOL

Queridos estudiantes,

Bienvenidos a la clase de AP Español. Durante el año entero comunicaremos completamente en español. Nuestra meta es que todos tienen la oportunidad de hablar, escuchar, leer y escribir el castellano. En el verano recomiendo que Uds. miren programas en Univisión o Telemundo, escuchen la radio y lean el Courier Post edición española (hyperlink en el sitio de web AP).

Nuestro primer tema es **la inmigración**.

Los cuentos siguientes se tratan de este tema:

- 1) Cuando era puertorriqueña- Esmeralda Santiago.
- 2) Las salamandras- Tomás Rivera
- 3) Odisea del norte- María Bencastro
- 4) Llegamos al pueblo "Gracias a Dios"- Alicia Alarcón (Freddy)
- 5) Mi guitarrón- Ramón Betancourt

Su tarea es :

- 1) hacer una descripción, considerando los cinco sentidos, de una guayaba
 - a) explicar la importancia de la guayaba en la vida del autor. ¿Qué representaba y qué representa hoy?
- 2) contestar las preguntas (Las salamandras)
- 3) describa cinco eventos en la vida de Calixto (Odisea del norte)
- 4) describir , en detalle, el largo viaje de Freddy a Phoenix (Llegamos al pueblo..)
- 5) explicar la importancia del guitarrón (Mi guitarrón)

Escriba una composición (350 palabras, una hoja y media) de una cosa que representa algo importante en su pasado. Puede ser un juguete, un recuerdo, un regalito, una concha o una fruta.

¡Que se diviertan este verano!

El Señor Duffy

Barco que no anda, no llega a puerto.



Venden guayabas en el Shop & Save. Elijo una del tamaño de una bola de tenis y acaricio su tallo espinoso, su familiar textura nudosa y dura. Esta guayaba no está lo suficientemente madura; la cáscara está muy verde. La huelo y me imagino un interior rosado pálido, las semillitas bien incrustadas en la pulpa.

La guayaba madura es amarilla, aunque algunas variedades tienen un tinte rosado. La cáscara es gruesa, dura y dulce. Su corazón es de un rosado vivo, lleno de semillas. La parte más deliciosa de la guayaba está alrededor de las semillitas. Si no sabes cómo comerte una guayaba, se te llenan los entredientes de semillas.

Cuando muerdes una guayaba madura, tus dientes deben apretar la superficie nudosa y hundirse en la gruesa cáscara comestible sin tocar el centro. Se necesita experiencia para hacer esto, ya que es difícil determinar cuánto más allá de la cáscara quedan las semillitas.

En ciertos años, cuando las lluvias han sido copiosas y las

noches frescas, es posible hundir el diente dentro de una guayaba y no encontrar muchas semillas. Los palos de guayaba se doblan hacia la tierra, sus ramas cargadas de frutas verdes, luego amarillas, que parecen madurar de la noche a la mañana. Estas guayabas son grandes y jugosas, con pocas semillas, invitándonos a comer una más, sólo una más, porque el año que viene quizás no vendrán las lluvias.

Cuando niños, nunca esperábamos a que la guayaba se madurara. Atacábamos los palos en cuanto el peso de las frutas arqueaba las ramas hacia la tierra.

Una guayaba verde es agria y dura. Se muerde en la parte más ancha, porque así no resbalan los dientes contra la cáscara. Al hincar el diente dentro de una guayaba verde, oírás la cáscara, pulpa y semillas crujiendo dentro de tu cerebro, y chorritos agrios estallarán en tu boca.

Descoyuntarás tu faz en muecas, lagrimearán tus ojos, tus mejillas desaparecerán, a la vez que tus labios se fruncirán en una O. Pero te comes otra, y luego otra más, delcítandote en el sonido crujiente, el sabor ácido, la sensación arenosa del centro agraz. Esa noche, Mami te hace tomar aceite de castor, el cual ella dice que sabe mejor que una guayaba verde. Entonces sabes de seguro que tú eres niña, y que ella ya dejó de serlo.

Comí mi última guayaba el día que nos fuimos de Puerto Rico. Era una guayaba grande, jugosa, la pulpa casi roja, de olor tan intenso que no me la quería comer por no perder el aroma que quizás jamás volvería a capturar. Camino al aeropuerto, raspaba la cáscara de la guayaba con los dientes, masticando pedacitos, enrollando en mi lengua los granitos dulces y aromáticos.

Hoy me encuentro parada al frente de una torre de guayabas verdes, cada una perfectamente redonda y dura, cada una \$1.59. La que tengo en la mano me seduce. Huele a las tardes luminosas de mi niñez, a los largos días de verano antes de que empezaran las clases, a niñas mano en mano cantando "ambos y dos mātá ríle ríle." Pero es otoño en Nueva York, y hace tiempo dejé de ser niña.

Devuelvo la guayaba al abrazo de sus hermanas bajo las penetrantes luces fluorescentes del mostrador decorado con frutas exóticas. Empujo mi carrito en la dirección opuesta, hacia las manzanas y peras de mi vida adulta, su previsible madurez olvidable y agri dulce.

Las salamandras

Lo que más recuerdo de aquella noche es lo oscuro de la noche, el lodo y lo resbaloso de las salamandras. Pero tengo que empezar desde el principio para que puedan comprender todo esto que sentí y también de que, al sentirlo, comprendí algo que traigo todavía conmigo. Y no lo traigo como recuerdo solamente, sino también como algo que siento aún.

Todo empezó porque había estado lloviendo por tres semanas y no teníamos trabajo. Se levantó el campamento, digo campamento porque eso parecíamos. Con ese rancho* de Minesora° habíamos estado esperando ya por tres semanas que se parara el agua, y nada. Luego vino y nos dijo que mejor nos fuéramos de sus gallineros° porque ya se le había echado a perder el betabel. Luego comprendimos yo y mi 'apá que lo que tenía era miedo de nosotros, de que le fuéramos a robar algo o de que alguien se le enfermara y entonces tendría él que hacerse el responsable. Le dijimos que no teníamos dinero, ni qué comer, y ni cómo regresar a Texas; apenas tendríamos con qué comprar gasolina para llegarle a Oklahoma. Y él nomás nos dijo que lo sentía pero quería que nos fuéramos, y nos fuimos. Ya para salir se le ablandó el corazón y nos dio dos carpas° llenas de telarañas que tenía en la bodega y una lámpara y kerosén. También le dijo a 'apá que, si nos íbamos rumbo a Crystal Lake en Iowa, a lo mejor encontraríamos trabajo en la ranchería que estaba por allí, y que a lo mejor no se les había echado a perder el betabel. Y nos fuimos.

En los ojos de 'apá y 'amá se veía algo original y puro que nunca les había notado. Era como cariño triste. Casi ni hablábamos al ir corriendo los caminos de grava. La lluvia hablaba por nosotros. Ya al faltar algunas cuantas millas de llegar a Crystal Lake, nos entró el remordimiento°. La lluvia que seguía cayendo nos continuaba avisando que seguramente no podríamos hallar trabajo, y así fue. En cada rancho que llegamos, nomás nos movían la cabeza desde adentro de la casa, ni nos abrían la puerta para decimos que no. Entonces me sentía

From *Tomás Rivera The Complete Works*. Houston: Arte Público Press, 1992.

*Dueño de una finca. El término "rancho" tiene tres significados en el español de los Estados Unidos: (1) rancho de ganado; (2) finca agrícola: "farm"; (3) un pequeño poblado: "settlement". En este cuento, se emplea "rancho" en el sentido de "finca"; en "Zoo Island" también se emplea como "poblado".

que no era parte ni de 'apá ni de 'amá, y lo único que sentía que existía era el siguiente rancho.

El primer día que estuvimos en el pueblito de Crystal Lake nos fue mal. En un charco se le mojó el alambrado al carro y papá le gastó la batería° al carro. Por fin un garage nos acumulador hizo el favor de cargarla. Pedimos trabajo en varias partes del pueblito pero luego nos echó la chota.° Papá le explicó que la policía sólo andábamos buscando trabajo pero él nos dijo que no quería húngaros° en el pueblo y que nos saliéramos. El dinero ya casi se nos había acabado, y nos fuimos. Nos fuimos al oscurecer y paramos el carro a unas tres millas del pueblo, y allí vimos el anochecer.

La lluvia se venía de vez en cuando. Sentados todos en el carro a la orilla del camino, hablábamos un poco. Estábamos cansados. Estábamos solos. En los ojos de 'apá y 'amá veía algo original. Ese día no habíamos comido casi nada para dejar dinero para el siguiente día. Ya 'apá se veía más triste, agüitado.° rendido Creía que no íbamos a encontrar trabajo. Y nos quedamos dormidos sentados en el carro esperando el siguiente día. Casi ni pasaron carros por ese camino de grava durante la noche.

En la madrugada desperté y todos estaban dormidos, y podía ver los cuerpos y las caras a mi 'apá, a mi 'amá y a mis hermanos, y no hacían ruido. Eran caras y cuerpos de cera. Me recordaron a la cara de 'buelito el día que lo sepultamos. Pero no me entró miedo como cuando lo encontré muerto a él en la troca. Yo creo porque sabía que estaban vivos. Y por fin amaneció completamente.

Ese día buscamos trabajo todo el día, y nada. Dormimos en la orilla del camino, y volví a despertar en la madrugada y volví a ver a mi gente dormida. Pero esa madrugada me entró un poco de miedo. No porque se veían como que estaban muertos, sino porque ya me empezaba a sentir que no era de ellos.

El día siguiente buscamos trabajo todo el día, y nada. Dormimos en la orilla del camino y volví a despertar en la madrugada y volví a ver a mi gente dormida. Y esa madrugada, la tercera, me dieron ganas de dejarlos a todos porque ya no me sentía que era de ellos.

A mediodía paró de llover y nos entró ánimo. Dos horas más tarde encontramos a un rancho que tenía betabel y a quien, según creía él, no se le había echado a perder la cosecha. Pero no tenía casas ni nada. Nos enseñó los acres de betabel que

Minnesota

viviendas

carpas tentis

desesperanza

tenía y todo estaba por debajo del agua, todo enlagnado. Nos dijo que, si nos esperábamos hasta que se bajara el agua para ver si no estaba echado a perder, y si estaba bien el betabel, nos pagaría bonos por cada acre que le preparáramos. Pero no tenía casas ni nada. Nosotros le dijimos que teníamos unas carpas y que, si nos dejaba, podríamos sentarlas en su yarda. Pero no quiso. Nos tenía miedo. Nosotros lo que queríamos era estar cerca del agua de beber que era lo necesario, y también ya estábamos cansados de dormir sentados, todos entulidos, y claro que queríamos estar debajo de la luz que tenía en la yarda. Pero no quiso, y nos dijo que, si queríamos trabajar allí, que pusieramos las carpas al pie de la labor de betabel y que esperaríamos allí hasta que se bajara el agua. Y pusimos las carpas al pie de la labor de betabel, y nos pusimos a esperar.

Al oscurecer prendimos la lámpara de kerosín en una de las carpas y luego decidimos dormir todos en una sola carpa. Recuerdo que todos nos sentamos a gusto al poder estirar las piernas, y el dormirme fue fácil. Luego lo primero que recuerdo de esa noche y lo que me despertó fue el sentir lo que yo creía que era la mano de uno de mis hermanos, y mis propios gritos. Me quité la mano de encima y luego vi que lo que tenía en la mano yo era una salamandra. Estábamos cubiertos de salamandras que habían salido de lo húmedo de las labores, y seguimos gritando y quitándonos las salamandras del cuerpo. Con la ayuda de la luz de kerosín, empezamos a matar las salamandras. De primero nos daba asco porque al aplastarlas les salía como leche del cuerpo, y el piso de la carpa se empezó a ver negro y blanco. Se habían metido en todo, dentro de los zapatos, en las colchas... Al ver fuera de la carpa con la ayuda de la lámpara, se veía todo negro el suelo. Yo realmente sólo las veía como bultitos negros que al aplastarlos les salía leche. Luego parecía que nos estaban invadiendo la carpa, como que querían reclamar el pie de la labor. No sé por qué matamos tantas salamandras esa noche. Lo fácil hubiera sido subirnos al carro. Ahora que recuerdo, creo que sentíamos nosotros también el deseo de recobrar el pie de la labor, no sé. Sí recuerdo que hasta empezamos a buscar más salamandras, para matarlas. Queríamos encontrar más para matar más. Y luego recuerdo me gustaba aluzar^o con la lámpara y matar despacio a cada una. Sería que les tenía coraje por el susto. Sí, me empecé a sentir como que volvía a ser parte de mi 'apá y de mi 'amá y de mis hermanos.

echar luz

Lo que más recuerdo de aquella noche fue lo oscuro de la noche, el zoque, lo resbaloso de las salamandras y lo duro todo que a veces se ponían antes de que las aplastara. Lo que traigo conmigo todavía es lo que vi y sentí al matar la última. Y yo creo que por eso recuerdo esa noche de las salamandras. Pesqué a una y la examiné bien con la lámpara, luego le estuve viendo los ojos antes de matarla. Lo que vi y sentí es algo que traigo todavía conmigo, algo puro —la muerte original.

Preguntas:

1. ¿Quién es el narrador? ¿Qué recuerda?
2. ¿Por qué no podían trabajar el protagonista y su familia?
3. ¿Por qué quería el ranchero que se fueran?
4. ¿De dónde son? ¿Podrán regresar dada su situación económica?
5. ¿Qué les aconsejó el ranchero y qué les dio?
6. ¿Qué notó el joven en los ojos de sus padres? ¿Cómo comenzó a sentirse?
7. ¿Qué les sucedió en Crystal Lake?
8. Al despertar el joven, ¿qué les parecieron los cuerpos de sus padres? ¿Qué le había pasado a su abuelo?
9. ¿Cuántos días pasaron sin encontrar trabajo? ¿Por qué tuvo ganas el joven de dejar a su familia?
10. ¿Qué les sucedió el cuarto día?
11. Según la familia, ¿por qué no quiso el ranchero que pusieran las carpas en su yarda? ¿Dónde las pusieron?
12. ¿Por qué despierta el joven? ¿Qué comienza a hacer la familia?
13. Según el joven, ¿por qué invadieron la carpa las salamandras?
14. ¿Por qué no subieron al carro?
15. ¿Qué consiguió el joven mediante la matanza de las salamandras?
16. ¿Qué es lo que recuerda más de aquella noche?

I

"¡Hoy será un precioso día en Washington!" exclamó la voz de la radio. "Cielo azul despejado, con temperatura en los 70 grados, soleado sin pronóstico de lluvia. ¡Perfecto día de primavera!"

Dos agentes de la policía hacían sus rondas por el barrio Adams Morgan, con las ventanas del carro-patrulla abiertas para recibir la brisa fresca que, al acariciar la arboleda del parque Rock Creek, acarrea perfume de flores de múltiples colores proyectadas sobre el delicado cielo azul.

La metálica voz del transmisor de la central de policía los sacó de sus cavilaciones, ordenándoles dirigirse de inmediato a un edificio de la calle Harvard situado frente al parque zoológico, a escasos minutos de donde se hallaban.

Cuando llegaron al lugar indicado, tuvieron que abrirse paso entre los numerosos vecinos que habían acudido a los gritos desesperados de una mujer.

Ordenaron a la gente que se apartara y pudieron entonces apreciar la causa del tumulto: Un cuerpo despatarrado como pegado al cemento caliente. Cabeza demolida. Rostro de facciones desfiguradas en mueca de dolor. Ojos aún abiertos, de mirada enigmática. Brazos y piernas dispuestos en forma incoherente, discordes con la simetría normal del cuerpo humano. Una pierna doblada con el pie a la altura del cuello. Un hombro completamente separado como por la fuerza de un solo tajo.

—¡El hombre araña! —exclamó alguien.

Uno de los policías se acercó al que había gritado.

—¡Oye, más respeto, que esto no es bromal

El hombre dio la vuelta y se marchó cabizbajo. Pero cuando ya estaba fuera de alcance del agente, se volvió y gritó: "¡El hombre araña! ¡El hombre araña!" y corrió en dirección del parque zoológico para esconderse entre unos arbustos.

El policía tuvo la intención de perseguirlo pero se conformó con pensar en un insulto, mordiéndose los labios para que no se le escapara por la boca.

—¿Hay alguien aquí que conozca a la víctima? —interrogó el otro agente, escrutando con la mirada indecisa al grupo de curiosos. Nadie se atrevió a decir nada.

—¿Usted? —preguntó a un hombre de piel bronceada—. ¿Lo conoce?

—No hablo inglés —contestó temeroso.

—¿Tú, conoces, muerto? —insistió el agente titubeando un castellano con fuerte acento.

—Tampoco hablo español —precisó el hombre en un burdo inglés—. Soy de Afganistán.

El policía mostró gran desconcierto ante el silencio de la gente. Un fuerte rugido de león vino del zoológico.

Una mujer finalmente se acercó al uniformado, con voz presa de ansiedad.

—Yo regresaba de la tienda y cuando subía las gradas para entrar en el edificio oí un grito... Luego vi la figura de un hombre en el cielo... Con los brazos extendidos como si volara... Pero se vino a pique y cayó de cabeza sobre el cemento... Quedó hecho una bola de carne y sangre... No se movió más...

La gente observaba con la boca abierta a la mujer que, atterrida, describía el suceso. El policía anotaba los detalles en una diminuta libreta. Un reportero tomaba incontables fotos por segundo, como si su propósito fuera satisfacer el hambre voraz de la cámara.

Volvieron a escucharse los gritos "¡El hombre araña! ¡El hombre araña!", pero esta vez fueron ignorados por completo.

Calixto se encontraba entre los espectadores, atemorizado, boquiabierto, lívido, sin poder decir una palabra sobre la tragedia; incapaz de atestiguar que cuando limpiaban el lado exterior de las ventanas del octavo piso, la cuerda atada a la cintura de su compañero se rompió. Temía que le culparan a él la muerte y terminar en la cárcel, si es que no lo deportaban por indocumentado. "Entonces," pensaba, "¿quién va a mantener a mi familia?"

El intendente del edificio observaba la escena desde el vestíbulo. Tampoco estaba dispuesto a abrir la boca. Temía perder el trabajo

por permitir que limpiaran ventanas a semejante altura sin disponer del equipo apropiado para tan peligrosa faena. Descubrirían que empleaba indocumentados y les pagaba una tercera parte de lo que una compañía de limpieza normalmente cobraba.

La sirena de la ambulancia irrumpió en el vecindario con tal estridencia que asustó a los animales del zoológico. El león rugió como si protestara por el bullicio.

Los enfermeros se abrieron paso y extendieron la camilla en el suelo cerca del cuerpo. Al cabo de un corto examen, uno de ellos dijo secamente: "Ya está muerto", confirmando lo que todos sabían.

—¿Quién era? —preguntó un enfermero al policía—. ¿Cómo se llamaba?

—No se sabe. Nadie parece reconocerlo.

—Por las facciones de la cara diría que era latino —afirmó el otro enfermero al observar de cerca el cadáver.

—Quizás lo era —comentó el agente—. Esos siempre andan metidos en problemas.

—Posiblemente era de Centroamérica —dijo una señora, apretando la cartera contra su pecho—. En este barrio viven muchos de ellos... Ustedes saben, vienen huyendo de los problemas en sus países...

—Si no era de El Salvador seguramente era de Guatemala —afirmó un enfermero—. Aunque ahora vienen de todas partes. De Bolivia, Perú, Colombia. En el pasado éramos nosotros los que invadíamos sus países, ahora ellos invaden el nuestro. Muy pronto Washington parecerá Latinoamérica.

—Pobres diablos —dijo el otro enfermero—. Mueren lejos de su tierra, desconocidos.

En el zoológico, mientras tanto, el fuerte rugido del león fue correspondido por el de la leona. La pareja de felinos, ajena a los conflictos que se desarrollaban en sus alrededores, consumaba la reproducción de su especie, parte del antiguo ritual de primavera.

Los enfermeros metieron el cadáver en la ambulancia. Se marcharon los policías. Los curiosos desaparecieron. Una extraña mancha roja quedó dibujada en el cemento.

Calixto se internó en el zoológico y caminó distraídamente entre las jaulas de los animales, pensando en su compañero que tan sólo media hora atrás le comentaba que ya había comprado el boleto del

Mario Bencaastro

aviación para regresar a su país, donde planeaba abrir una tienda de abarrotes con los ahorros de cinco años de intenso trabajo en los Estados Unidos.

De pronto, Calixto se percató de que solamente en cosa de minutos se había quedado sin empleo, lo cual le afligió sobremanera al recordar que para conseguir el trabajo de limpiar ventanas, le había tomado cerca de mes y medio de constante búsqueda.

Permaneció en el zoológico el día entero y, mientras se debatía internamente entre regresar a su país o continuar buscando fortuna en Washington, recorrió el lugar varias veces de extremo a extremo. Cuando cerraron el parque se echó a caminar por largas calles con extraños nombres, hasta que por fin anocheció y no tuvo más remedio que regresar a su morada: un apartamiento de un dormitorio que ocupaban veinte personas.

"Por lo menos estoy vivo," dijo para sí. "Con eso tengo bastante."

Llegamos al pueblo "Gracias a Dios"

Nací en el Perú donde logré graduarme de maestro, pero trabajaba de taxista. Trabajaba doce horas diarias. Había logrado juntar 1,800 dólares para comprarme un carro. Sólo me faltaban quinientos para el enganche cuando llegó la llamada que cambió mi vida. Era mi primo Paul, hacía diez años que había dejado el Perú para irse a los Estados Unidos. Me animaba a reunirme con él. Aunque al principio le dije que no, cambié de opinión.

Cuando le dije a mi esposa del viaje. Se puso a llorar como una niña. La conocía desde muy chica. Logré convencerla que me permitiera hacer el viaje. Cuando hablé con mis padres tampoco estuvieron de acuerdo. Sobre todo mi madre, pero al igual que a mi esposa, la convencí. Lo más duro vino después, tuve que dejar a mi hijo pequeño. Yo creo que presentía algo, tal vez que iba a pasar mucho tiempo para volverlos a ver.

Salí un 4 de julio, vaya fecha de partida. Llegamos al aeropuerto dos horas antes de la salida del avión a Panamá. Yo abrazaba a mi mamá y a mi esposa. Miré a mi hijo. Me lo llevé al baño y le hablé como si ya fuera un hombre aunque sólo tenía seis años. Le dije que en mi ausencia él sería el hombre de la casa, que yo me iba lejos y que cuidara mucho a su mamá. La hora de la partida se acercaba. Mi madre empezó a llorar. Yo sentía una extraña sensación en el corazón que no puedo explicar. Mi esposa me abrazó, pero no la miré llorar. Le dije al oído que tenía que ser fuerte

delante de mi mamá. Mi hijo me miró y lo abrazó. Me di la vuelta hacia la puerta de abordaje. Aún faltaba que me revisaran el equipaje. Volí y me di cuenta que había caminado por un largo pasillo, mi familia había quedado muy lejos. Seguí caminando y ya no los volví a ver.

Me repetía una y otra vez que esa decisión había sido la mejor. Me alejaba para procurarles una vida mejor. Era por el bien de todos, de mi hijo, de mi esposa y de mi familia en general. Llegué a Panamá a las 11 de la mañana el 4 de julio. El día de la Independencia de Estados Unidos. En Panamá estuve dos días. Saqué una visa a Costa Rica. Me la dieron por treinta días. En Costa Rica estuve veintidós días porque no me quisieron dar visa para Nicaragua. Un coyote peruano me llevó hasta Guatemala. Cruzamos caminando por unas montañas, después de tres horas llegamos a un lugar que se llama Rivas, de allí tomamos un bus hacia Managua. En Managua me le escapé al coyote peruano porque no avanzábamos. Me había prometido que en tres días estaríamos en Managua y ya habían pasado dos semanas. Un coyote hondureño me llevó a la frontera de Honduras como a las 5 de la tarde sin contratiempos.

Al día siguiente, salimos como a las 4 de la mañana rumbo a Tegucigalpa y de ahí a la frontera con El Salvador. En El Salvador comimos unos tacos y descansamos unas horas. A la una de la mañana cruzamos el río que une El Salvador con Guatemala, después de cruzar el río, caminamos como tres horas para luego tomar un bus para Guatemala. Llegamos a Guatemala como a las 3 de la tarde. Almorzamos en la calle. Aproveché para llamar a los suegros de mi primo Paul. Él estaba casado con una guatemalteca y sus suegros vivían ahí.

En Guatemala estuve dos meses. Trabajé como pintor y vendedor ambulante. El dinero se me había terminado. La pasada de Guatemala a Estados Unidos en ese entonces, era de 2,500 dólares. Mi primo Paul me envió dinero para completar el viaje. En el viaje iban centroamericanos, ecuatoria-

nos e indios. Yo era el único peruano. Llegamos a la frontera de Tecuman. Allí nos embarcamos en una pipa de agua, íbamos como sesenta personas: niños, señores y ancianas.

En Oaxaca, México, nos descubrieron los federales y nos regresaron. Intentamos cruzar de nuevo por un pueblo de México que se llama "Gracias a Dios" que pertenece al estado de Chiapas. Allí estuvimos como dos semanas, dando sólo una comida al día. Después de este tiempo, nos embarcamos en un trailer grande. Íbamos como 120 personas. Lo único que llevábamos de comida era una lata de jugo Jumex, unas galletas y una manzana para todo un día de viaje. Nos sentíamos como animales, como ganado en su travesía al matadero. Antes de cerrar la puerta, nos dejaron dos baldes de plástico para hacer nuestras necesidades. Yo fui el primero en ocuparlo, no supe si los utilicé por poner el ejemplo o por miedo de no poder hacerlo después.

Cuando salíamos de Chiapas nos dieron unas tortillas con una carne que no pude precisar de qué animal podía ser. Aunque el hambre era mucha, me cayeron muy mal.

Llegamos al Distrito Federal como a las 2 de la madrugada. El viaje había durado más de un día. El Distrito Federal fue el único lugar en que nos trataron como seres humanos. Un señor y su esposa a la que llamaban Güera nos atendieron en su casa durante dos días. Salimos en grupos de dieciocho, para mi suerte, yo iba en el primer grupo. Salimos en bus hasta Tamaulipas y de allí, tomamos un tren para Agua Prieta. En el camino subieron los federales, no nos preocupamos. Ya se nos había advertido que sólo teníamos que dar 200 pesos y decir: "Somos pollos de la Güera".

La Güera viajaba con nosotros y cada vez que nos quitaban los 200 pesos, llegaba ella y nos daba otros 200 pesos para continuar el viaje. En una de las revisiones, en un lugar que se llama Torreón, bajaron a dos mujeres dominicanas y ya no las dejaron subir. Nunca supimos qué pasó con ellas. Habían transcurrido dos días de viaje y de entregar 200 pesos

a cada grupo de federales que se subía a revisarnos. Viajamos casi tres días para llegar al poblado de Agua Prieta donde nos llevaron a una casa donde habían más de 200 personas. Allí permanecimos tres días para luego trasladarnos a un pueblo que era frontera con Phoenix, Arizona.

Recuerdo con exactitud que fue un 31 de octubre a las 12 del mediodía, cuando salimos en un camión de basura. Éramos como cuarenta personas, nos dejaron en un lugar desértico con tres guías. Uno adelante, otro en medio del grupo y el tercero casi al final. El trayecto lo hacíamos caminando, pero teníamos que correr cuando nos lo indicaban. Hubo mujeres que ya no pudieron correr porque cargaban con bebés en los brazos.

Un ecuatoriano y yo nos encargamos de llevar a un niño, lo llevábamos casi cargando de un brazo cada uno. Al verlo, me acordé de mi hijo, tendría la misma edad. Un guía me dijo que lo dejara con su mamá. Me advirtió que si la Migra me agarraba con un niño, me podría acusar de contrabando de menores. Me asusté y se lo entregué a la mamá.

Como a las 5 de la tarde, después de caminar por tantas horas, uno de los guías nos dijo que ya estábamos en Estados Unidos. Había que esperar a que se hiciera de noche. El frío era terrible, pero no importaba porque ya habían llegado unos camiones. Salimos en grupos de doce. A mí me tocó ir en el segundo grupo. El viaje duró como tres horas, el frío se volvió más intenso. Llegamos a Phoenix como a las 3 de la mañana. El coyote que nos recibió era peruano. Me permitió hablarle a mi primo. Paul me recogió al día siguiente y le pagó al coyote lo que debía. Me sentí afortunado. En la casa del peruano me encontré con personas que ya tenían ahí más de un mes porque sus familiares todavía no completaban el dinero para sacarlos.

*Freddy,
Los Angeles, California*

Crecí en los *fields* de San Joaquín donde la mayoría de las casas en ese tiempo tenían alguna guitarra a la mano, varios televisores y figuras de porcelana grandes. También había gente pesada que deseaba mostrar cierta distinción, pero lo único que exhibía era pura cursilería. Nunca tuvimos buena recepción en el pueblo, por lo que los televisores eran tan inútiles como las guitarras, ya que éstas rara vez se podían afinar y no había nadie que supiera cómo hacerlo. Un tío sabía una tonadita y era todo, pues no tenía la paciencia necesaria para aprender algo nuevo. Pero dado que era uno de los líderes en la unión siempre andaba contento y optimista, sin que nada le preocupara. Su felicidad parecía contagiosa, y las guitarras formaban parte de esta alegría. La gente tocaba la guitarra con cualquier pretexto, o mejor dicho, me ponían a mí a tocarla. Al principio no muy bien pero cuando cumplí los ocho años y después de practicar por varias horas todos los días, recibí mi primera ovación. Fue en Fresno, donde la temperatura andaba por arriba de los 95 grados fahrenheit y el sudor me corría desde la frente hasta la guitarra, haciendo que las cuerdas se pusieran muy resbalosas. Al final no se podía distinguir lo que estaba tocando debido al ruido que hacía un enorme ventilador, pero de todas maneras todos se pararon a aplaudirme. Yo sospeché que lo hacían por ser buenas gentes, ya que había tocado más mediocre que de costumbre. A los once años ya asombraba a las audiencias en los *fields* y los ranchos tocando recitales de Agustín Lara. Tanto impresioné a los jefes de la unión que decían que era lo mejor que había salido de San Joaquín y que terminaría poniendo a la unión en el mapa. Siempre que ocupaban una demostración del talento local recurrían a mí, y hasta hubo artículos en un periódico de Fresno donde se leían mis logros.

Gracias a las influencias del tío, la unión me becó para estudiar música en Cal State. Ahí fue donde hice un desagradable descubrimiento: había otros guitarristas en el estado que eran más diestros que yo. Si yo ejecutaba, por ejemplo, un requinte de Los Panchos, ellos se lanzaban con Manuel de Falla o con "Noches de Alhambra", siempre tocando mejor que yo. Esto significaba que tendría que ganarme la vida como músico en algún trío, o conjunto rocanrolero, y no como concertista que es lo que hubiera deseado.

Mi guitarrón

¿CÓMO IBÁ A IMAGINARME QUE mi esposa no iba a tolerar que me quedara con el guitarrón? Al momento de comprarlo me pareció una excelente manera de que los hijos se entusiasmaran por la música mexicana, además sólo me había costado 40 dólares en una cantina del este de Los Ángeles. Sucedió en uno de los viajes que hice con el fin de cambiarle el motor a un tractor de la unión. Después de un día especialmente laborioso fui al "Cuatro Copas" a distraerme un poco, y acabé platicando largamente con mi vecino en la barra. Después de que los dos llevábamos varias cervezas, y ya más en confianza, él sacó el tremendo estuche que tenía encargado con el cantinero. Las cuerdas las tenía un poco gastadas y la tapa mostraba varias raspaduras y trancazos, aunque no demasiados. Queriendo darme una demostración de la calidad del guitarrón, mi vecino empezó a moverle las clavijas de manera errática, arrancándole unos tonos inspirados al estilo del "Son de La Negra". Para acabarla de amolar, se puso a cantar. Me aclaró que hasta hacía poco tiempo había tocado con un mariachi, en Olvera, pero que ese trabajo ya no le interesaba. La verdad era que la voz no le ayudaba, ni tampoco parecía tener la fuerza física necesaria para cargarlo ya que la debilidad corporal en él era aparente y acabó por entorpecerle el paso. En ese momento necesitaba 40 dólares para el pasaje de regreso a San Diego, luego a Tijuana, y yo se los di a cambio del guitarrón.

De joven fui bastante bueno con la guitarra. ¿Qué tan diferente podría ser el guitarrón? ¿No sería algo fabuloso si empezaba a tocar de nuevo?



Empecé a conocer a músicos en ese ambiente y noté que estas gentes se vestían como portiduosos, apataban, fumaban constantemente y a menudo se metían en problemas con la ley. Cualquiera que fuera la locura que padecieran era obvio que no representaban a ninguna Unión o comunidad del estado.

Desde que dejé de tocar me había dedicado, gracias de nuevo al dichoso tío, al mantenimiento mecánico de los tractores de la unión, hasta que compré el guitarrón. Ya había olvidado cuánto tiempo se lleva tener la punta de los dedos lista otra vez. Había olvidado también la pequeña que es nuestra casa, con una esposa, suegros y dos niños pequeños, y todos tan llorones. En cada lugar que tratara de practicar se convertía en el sitio menos apropiado. La cosa se puso tan delicada, particularmente con la suegra, que tuve que meterme al clóset con la puerta cerrada y una cobija metida por el agujero del guitarrón para amortiguar el ruido. Pero ni eso fue suficiente para mis nuevos familiares. ¿Cuán tonto y desconsiderado podría ser yo, sin mencionar los crímenes que estaba cometiendo contra la música? El tío feliz hacía mucho tiempo que había muerto, y con él, la alegría simulada.

Fueron tantos los problemas causados por mi "ocurrencia" que en el siguiente viaje a Los Ángeles decidí llevar el guitarrón a la misma cantina donde lo compré. Ahí me estuve la primera noche hasta que un sujeto se acercó a preguntarme qué diablos guardaba en un estuche tan grande. Resultó que él había tocado la mandolina en la secundaria. Sería por algún complejo de inferioridad, pero desde entonces había deseado tocar el guitarrón. A los pocos minutos pude ver en sus ojos que lo había atrapado: no podían contener el deseo de rasguear las cuerdas. Los 40 dólares que le pedí fue la parte más fácil (debí haberle pedido más).

Varias noches después fui de nuevo al bar y lo volví a ver, esta vez sentado en la mesa de la esquina hablándole a otro, con el guitarrón entre los dos. Salí de allí antes de que me reconociera y ya nunca he vuelto a ese lugar.



Había algo en ese guitarrón inmenso y lustroso que sigue obse-

sionándome, algo secreto y grande como su tamaño. Me fascinaban las vibraciones tan poderosas que sentía en el pecho, sobre todo cuando tocaba la tonadita del tío en la oscuridad del clóset. Imaginaba que nuevamente la audiencia en Fresno me ovacionaba poniéndome de pie. Aún hoy me sigo preguntando acerca de esos 40 dólares en la cantina. No me sorprendería en lo más mínimo saber que el guitarrón sigue rondando por ahí, semana tras semana. Después de todo, todavía quedamos muchos que tocamos en las bandas de las escuelas, en los coros de la iglesia, o fuimos los genios y las esperanzas del pueblo.